

Como parte de la serie de homenajes programados en Heidelberg para honrar a Hans-Georg Gadamer, serie que incluyó un ciclo de conferencias bajo el nombre de "Hermenéutica y los límites del lenguaje" y una fiesta solemne el día de su cumpleaños (11 de febrero), se organizó para el sábado 12 un coloquio que contó con la presencia, además de Gadamer, de conocidos filósofos como Richard Rorty, Gianni Vattimo y Michael Theunissen. Cada uno de ellos realizó una breve exposición de sus comentarios en torno a la obra del más importante difusor de la hermenéutica contemporánea.

La enorme sala destinada para el evento fue llenándose a partir de las 9 am.; las filas delanteras estaban reservadas para los ilustres. Los alumnos encargados de la organización iban y venían o se quedaban en la puerta de entrada ordenando la presencia del público. Hacia las 10 am., hora de inicio del coloquio, la sala estaba llena, pero no repleta. Tal constatación hizo decir a un grupo de personas, sentadas delante de mí, que en la década del 70, cuando Heidegger habló en esta misma sala, a esta hora ya todo estaba abarrotado de gente. Aún cabían, sin embargo, unas cuantas personas más cuando la gente comenzó a pararse y mirar hacia la puerta de entrada. Con un día más a sus ya cien años de vida, Hans-Georg Gadamer entraba sonriente a la sala, caminando solo, pero apoyado en dos bastones. No miento si digo que sus ojos brillaban de alegría. Un nutrido grupo de gente lo acompañaba, entre ellos un equipo especial de emergencia en primeros auxilios, que tomó una discreta distancia. El tiempo que tardó en llegar hasta la primera fila de honor duró en realidad más de los cinco minutos que mi reloj decía. En estos enormes minutos el silencio fue la norma y una extraña mezcla de cariño y devoción se apoderó de toda la sala, sin eludir incluso al grupo delante de mí. El silencio que rodeó la entrada de Gadamer diferencia a este cariño de aquél que se tributa a una estrella *pop*; la devoción sin embargo es muy parecida. Yo recordaba a Onorio Ferrero; sólo en estas dos personas he podido ver esa densa aura de serena sabiduría.

Rüdiger Bubner, director del *Philosophisches Seminar* de Heidelberg y organizador del coloquio, inauguró el evento con unas muy breves palabras de bienvenida y presentación de los oradores invitados. El primero en tomar la palabra fue Richard Rorty. El autor de *La filosofía y el espejo de la naturaleza* dedicó sus treinta minutos de exposición a la recepción e influencia de la filosofía de Gadamer en los Estados Unidos. El punto más importante de su ponencia estuvo concentrado en subrayar cómo la filosofía de Gadamer puede ser mejor aprovechada si es que terminan de zanjarse las viejas diferencias entre la llamada "filosofía analítica" y la filosofía europea. Para los primeros, la hermenéutica gadameriana se entiende aún sólo como una fundamentación de la ciencias humanas. Para Rorty, sin embargo, sólo un acuerdo entre ambas corrientes de pensamiento podría enfocar mejor el problema del lenguaje humano, pues "el ser que puede ser entendido es el lenguaje".

El acuerdo resultante sería una fusión de horizontes, en sentido gadameriano, donde cada lado presentaría sus juicios y prejuicios en una suerte de espacio común de conversación. Para Rorty, sin duda, tal diálogo es posible y en esta dirección de pensamiento trabaja desde hace ya varias décadas.

Vattimo, uno de los más renombrados filósofos italianos contemporáneos y representante de lo que se llama "filosofía posmoderna", señaló que es injusta aquella caracterización de la hermenéutica de Gadamer como un retroceso al tradicionalismo. Lo que Gadamer señala es, más bien, que el individuo no existe nunca independientemente de la historia y de la tradición: somos siempre criaturas situadas en un tiempo determinado. La realidad se aprehende en el habla y se expresa en el lenguaje, termina diciendo el filósofo italiano.

Theunissen, sin embargo, representa una posición contraria. En su ponencia expresa la duda que tiene ante la pretensión de universalidad de la hermenéutica gadameriana, y fundamenta su sospecha en la crítica de Habermas hacia el supuesto gadameriano de que en su relación con la tradición y con los resultados que le conciernen el sujeto humano no es libre. Tampoco resulta claro para él que el ser que se pueda comprender sea el lenguaje. Si en este sentido tuviera razón Gadamer, afirma, entonces una revisión de nuestro saber del mundo sería posible sólo revisando nuestro saber del lenguaje, lo que evidentemente no es el caso. La hermenéutica de Gadamer es actual para él siempre que la conexión con la tradición se vuelva quebradiza, ya que ella, la hermenéutica, ilumina su sentido para nuestra actual existencia.

Con la crítica de Theunissen terminaron las ponencias y un tibio aplauso acompañó su despedida del escenario. Un apurado movimiento en las filas delanteras y la rápida presencia de un estudiante con un micro en la mano anunciaba aún confusamente que Gadamer se disponía a comentar las ponencias y cerrar con ello el coloquio. Sin pararse, desde su silla en primera fila, habló poco y con largos intervalos. Señaló que los ponentes le han agradecido muy poco al concreto mundo de la vida humana, orientados como están tan fuertemente hacia lo que a través de la ciencia se puede conseguir. Para él, dijo, la filosofía significa siempre y una vez más nuevas búsquedas de acercamiento a las cosas. Dijo además que su teoría de la comprensión ha implicado siempre una renuncia al ideal de dominio de la naturaleza. Es en este sentido que se pueden y deben seguir las huellas de la dimensión práctica de su pensamiento. No dijo más. Luego fue ayudado a levantarse en medio de los aplausos sostenidos, conmovidos y entusiastas del público. Rüdiger Bubner, desplazado el interés hacia la fila delantera del auditorio, tomó finalmente el micrófono y cerró el coloquio, agradeciendo la presencia al evento.



Con el coloquio terminaron las celebraciones oficiales en honor del centésimo aniversario de Gadamer. Afuera del auditorio de la *Neue Universität*, a unos 300 metros aproximadamente, cerca del Neckar y en la puerta misma de un comedor estudiantil, estudiantes de izquierda y neonazis, ajenos ambos totalmente al homenaje, se enfrentaron en una dura pelea. En la noche, los vidrios rotos de un banco eran el único testimonio de la reyerta.

Una vez más he vuelto a ver a Gadamer. Fue hace muy poco en verdad, el 15 de mayo. El viejo maestro salía de su oficina en el *Philosophisches Seminar*, la 001: solo, apoyado en sus dos bastones, con dos juegos de llaves que le colgaban desde el cuello, caminaba hacia un taxi que le esperaba en el estacionamiento. El chofer ayudó a subir al anciano de sombrero de paja, y juntos enrumbaron hacia la *Uni-Platz*.